

CONCIERTO 28/06/2018

https://www.clarin.com/espectaculos/musica/temas-rusos-sofia-gubaidulina_0_Hko9yBBfX.html

Clarín

Domingo 30 de junio de 2018

Notas de paso

Otros temas rusos: Sofía Gubaidulina



"Fachwerk", el jueves en el Colón. La original pieza de Sofía Gubaidulina, interpretada por el excepcional solista Iñaki Alberdi y dirigida por Baldur Brönnimann al frente de la Filarmónica. Foto: Arnaldo Colombaroli.



Federico Monjeau

El jueves a la noche en el Teatro Colón el clima parecía tan propicio que ni siquiera el sobrio Baldur Brönnimann dejó pasar por alto la oportunidad: "Por estos días todos estamos pendientes de Rusia, pero esta noche podremos conocer un aspecto más desconocido de este país", dijo el director suizo antes de abrir el sexto concierto de abono de la Filarmónica con una pieza de Sofía Gubaidulina, *Fachwerk*, de 2009, en un programa completado por obras de Anatoli Liadov y Witold Lutoslawski. Nacida en 1931, Gubaidulina es una de las más grandes compositoras vivas, aunque efectivamente en la Argentina sigue siendo casi una desconocida, ya que se la ha tocado poco y nada.

Fachwerk, que interpretó magistralmente el solista vasco Iñaki Alberdi, es una composición de 2009 para bayan, orquesta de cuerdas y percusión. El bayan, tradicional en la cultura tártara, es un acordeón cromático a botonera que Gubaidulina ha utilizado en varias ocasiones. *Fachwerk* es "casi" un concierto para

acordeón y, por lo tanto, “casi” un concierto para bandoneón y cuerdas; y en esta deriva por momentos parecería adivinarse el espectro de Piazzolla, aunque esos momentos son como ilusiones fugacísimas, ya que no hay nada en las melodías de Gubaidulina que recuerde a los giros de Piazzolla. No están sus giros, pero tal vez sí algo de su intensidad, y es posible que a la misma Gubaidulina -que en 1995 realizó un arreglo para violín y piano del *Grand Tango* que el músico argentino había escrito para el violonchelista Rostropovich- se le haya cruzado ese espectro mientras componía *Fachwerk*.

De todas formas, se trataría de una deriva que, según la fórmula platónica, estaría alejada por lo menos en tres grados de la realidad, ya que *Fachwerk* no es exactamente un concierto; acordeón y orquesta no mantienen el intercambio habitual de las formas concertantes. *Fachwerk* quiere decir “entramado” en alemán, lo que en primera instancia describiría un aspecto del instrumento (la trama de las botoneras), pero tal vez también un principio de organización más general. El acordeón es, más que un instrumento solista, un centro de irradiación de sonidos, desde los más inmateriales a los más ásperamente percusivos, y la orquesta es una resonancia de eso mismo. No hay oposición sino entramado, y lo mimético domina sobre la idea de contraste.

El universo musical de Gubaidulina es de una originalidad pasmosa. Me pregunto qué habrían dicho de esta obra los burócratas que en el Sexto Congreso Pansoviético de Compositores de 1979 acusaron a la compositora de “formalista”.

Todavía en 1979 se hablaba así en la Unión Soviética. Cuando uno escucha “formalismo” piensa de inmediato en el calvario sufrido por Dmitri Shostakóvich desde que Stalin asistió a una función de *Lady Macbeth* en 1936; o en las alternativas de su Cuarta Sinfonía, que el autor componía por esa época y que un comisario musical le aconsejó corregir antes del estreno (no se estrenaría hasta 1961); o en su Quinta Sinfonía, más ajustada a los dictados del realismo socialista y de la que todavía se discute si la famosa frase “Respuesta de un compositor soviético a una crítica justa” fue el título de una reseña o el subtítulo que le dio el autor a la obra.

Veinticinco años más joven que Shostakóvich, Gubaidulina también sufrió recriminaciones y dictámenes, pero las rebeldías tuvieron consecuencias menos graves entre su generación (aún así, en 1992 abandonaría definitivamente Moscú para radicarse en Hamburgo). Ella sintió por el maestro una mezcla de admiración y decepción; no podía entender que un genio de su talla aceptase pasivamente los designios del Partido. Shostakóvich, por su lado, sobrellevó su calvario en absoluta soledad, sin convertirse en vocero de la infamia. Lejos de eso, defendió a Gubaidulina desde siempre y la alentó en sus planteos más radicales.